

El museo deslumbrante

Escribe: FERNANDO ARBELAEZ

— XVI —

Tengo escrito en el diario: "partida en el Marilena". Hacia Myconos. Una nave vieja que hace viajes rutinarios entre las Cícladas. Zarpamos al medio día con pasajes de segunda. La primera clase, aun en estos barcos en los que apenas se pasan unas cuantas horas, es aburrida con sus pasajeros relamidos y elegantes, que nada nos dicen. En segunda van los estudiantes, la gente del pueblo y los vagabundos de todo el mundo. Nuestro tiquete nos da derecho a estar en la cubierta y a una cama en un camarote para cuatro personas. Helena no se siente muy contenta con la compañía de los isleños que llevan gallinas y cabras, y que sirven su almuerzo sobre periódicos tendidos en el suelo. Los hermosos panes griegos se reparten generosamente con raciones de olivas y carnes aceitosas. Las botellas de vino pasan de boca en boca. Un grupo de muchachas holandesas con equipos de campaña a las espaldas ponen cierto aire de alegría en la cubierta: llevan un acordeón y dos guitarras que permanecen mudos a todo lo largo de la travesía. El mar es sólido, perezoso, de un color impenetrable que resplandece con sus oscuros fuegos.

Helena mira el mar acodada en la parte alta de la cubierta, mientras yo voy de un lado a otro. En el corredor que lleva a los camarotes una mujer enferma yace en el suelo envuelta en una manta. Su palidez de yeso está cercada por el verde resplandor de la muerte. Familiares solícitos le hacen beber a sorbos una medicina y la consuelan con las palabras más dulces, aladas palabras, cuya melodía me penetra hasta el alma. El viejo, dos mujeres jóvenes, un mozo. La antigua familia griega atada por los indestructibles lazos del dolor. El resumen de todas las expresiones humanas en ese pequeño grupo solemne y digno, tallado por el claro oscuro de una pena que no tiene límite. Las grandes manos nudosas del padre acarician el rostro de la mujer, con una ternura resignada, con una fatiga de milenios que ningún pincel podría repetir. Con el corazón arrinconado regreso a la cubierta.

Hay otro grupo familiar que habla con un extranjero; sirve de intérprete la jovencita que habla un bello francés. Por cada frase que traduce, sus familiares lanzan expresiones de júbilo. La alegría de sus ojos me descifran el tumultoso lenguaje. Es imposible creer que ella, la pequeña

que hace tan poco se fue para Atenas, pueda entender ese idioma incomprendible y bárbaro. No puedo dejar de mirarla; cuando sorprende el furtivo asedio se sonroja. Es tan bella con sus ojos verdes y su tez anaranjada. Helena me dice que soy un grosero por mirar en esa forma. El padre entiende todo lo contrario, porque se acerca sonriente para encarecerme con el más grande de los orgullos el talento de su hija. Lo único que se me ocurre es decirle: "polí Kalo", muy bien, y toda la familia celebra con aplausos mis fantásticos conocimientos de griego.

El mar con el día tan despejado es un espectáculo precioso. El azul ondula, se hace más denso y apenas si se mueve su metálica esclavitud solar. Dejo vagar la mirada con estas aguas sin que ningún pensamiento me perturbe; la pura delicia del movimiento y del color miman en tal forma los ojos que pertenecen ya a una existencia inenarrable. De repente se me revela un enigma poético: con el crepúsculo los rayos declinantes hunden sus puntas de violeta en el agua; el azul va desertando y un púrpura profundo mueve la piel sangrienta hasta la total embriaguez del "vinoso mar" que se cantó en la nave de Odiseo. El vino dura unos minutos y, en un momento, es uno con el cielo escarlata. Después vienen esos tonos oscuros, esas sombras, esa negrura en que el viejo mar ha sido siempre maestro magnífico. El cielo, muy alto, dispone su terrible simetría.

El buque ancla en medio de la bahía. Dos barcasas se acercan a todo motor para llevar los pasajeros a tierra. La isla parece una herradura luminosa con sus resplandores de estaño chapoteando en las negras ense-nadas. Millares de bocas succionan esa leche nocturna que cae de los faroles. No es posible distinguir el puerto. Una gran calle se abre ante nosotros; después la isla se va perdiendo, cada vez más lejos, blandamente, en sus coturnos de neón. Las turistas holandesas que llegan con nosotros al muelle, parece que saben muy bien a dónde dirigirse; nosotros estamos un poco desorientados entre los guías que nos ofrecen hoteles a precios increíbles. La verdad es que alguien me habría estado esperando de haberle comunicado mis planes a Mynas, pero no puedo confesarle mi compra de pasajes de segunda, porque entendí que esto me habría reducido enormemente en su estimación. Nos señalan un hotel cercano, el "Apolo", desde el cual se domina la bahía.

El otoño no ha llegado a Myconos. La noche tiene la misma temperatura de la piel y en la mañana nos sorprenden los coléricos resplandores del mar. El Tetrarca se ha despertado con sus fastuosos mantos y sus ínfulas de turquesa. No hay un lenguaje entre los lenguajes habituales que sea digno de su loa. La sal de sus muchedumbres nos embriaga entre las escamas del viento y apenas puedo dar testimonio de su máscara como de la más alta libertad.

Myconos es blanco, lo cubre una delgada capa de cal que va por las calles y los muros, como una línea melódica apenas interrumpida por el color de las puertas y de las ventanas, florecidas con sus enjambres multicolores. Arriba, en los promontorios de tierra parda, los molinos rizan el viento con sus aspas triangulares y, en frente, las barcas de los pescadores mecen el mar con sus curvas delicadas. Muy temprano salimos del hotel que desde el primer instante nos ha parecido aterrador.

Ahora que miro desde este promontorio —donde está uno de los airosos molinos de la isla— el panorama del puerto, entiendo muy bien la profunda nostalgia con que me habló mi amiga, la arquitecta, en su atelier de París. Me habló de Myconos como de un amante, porque no solamente me lo dijo con palabras sino con su rostro todo, con sus ojos. No se por qué se me escapó en aquel momento el verdadero sentido de lo que me decía, pues era un objeto de amor de lo que me hablaba, o algo así, como si en un momento de la vida hubiera significado para ella la necesidad bruta que nos produce la pasión. No se. Ahora comprendo que tengo en frente algo que no me puede mentir, enmarcado por esas nubes fugitivas y mirado por encima de estas escalinatas que forma la tierra pisada sobre la roca.

Veo más claro que cada isla es como una aliteración dentro de ese inmenso poema que nos canta la gloria de Grecia. El mismo mar es una clave más alta; la frase que se repite con otra vocal; la idea que conocemos, doblada en otra dimensión misteriosa. Se necesitaría el espacio de muchas vidas para abarcar tan solo el paisaje y luego, otros miles de años para regresar sobre nosotros mismos, y entrar en los secretos que nos ofrece cada uno de los rostros que vemos, cada una de las ventanas entreabiertas, cada una de estas barcas sólidamente anudadas a un viejo pensamiento. Además, habría que contar con torrentes de sangre, para hacer el gasto de toda la alegría que nos depara este orden, cuya esencia central nos será por siempre desconocida.

Helena ha hecho ya amistad con el molinero que nos invita o conocer el hermoso lugar donde trabaja. En un inglés hablado por señas, empieza por excusarse por la falta de viento. Quisiera mostrarnos su molino en plena actividad pero la culpa la tienen el cielo, el mar, las estrellas, qué se yo, el universo infinito que se ha confabulado contra él. ¡Porque el molino es una simple decoración! ¡No, señorita! ¡No, señor! El molino es para triturar la harina con que hacemos el sustancioso pan de Myconos. Miren aquí la gran muela de piedra con las huellas del trigo; vean mi delantal y mi gorro; asciendan por las escaleras circulares y toquen las vigas, los grandes clavos de hierro de las uniones; golpeen el espigón central, las paredes, el techo. No, señor. No, señorita. Esto no es simple decoración. Es un molino de verdad para moler trigo, trigo para hacer el pan, pan para comer. Más claro imposible. Para armar este discurso se ha golpeado la cabeza, ha danzado, ha dominado la totalidad del espacio en una forma increíble. Estamos fascinados, con la boca abierta, faltos casi de respiración frente a semejantes espectáculo.

Tiene una cara de abuelo con una expresión que no pertenece al espacio. Es tan profunda, que habría que situarla en un hueco del espíritu a donde solo puede llegar el rostro de los actores más eximios. Sus líneas tienen un espesor que escapa al tiempo, la piel más viva, las arrugas más vivas, el fulgor más vivo, casi en la intersección de la palabra con los vientos proféticos. Y todo esto para contarnos la simple historia de su molino, que ahora está detenido por falta de viento. Y no hay nada que hacer. Nada... Una verdadera desgracia que veo correr y derramarse sobre el mundo, desde la arruga central de su frente. ¡Una fatalidad!

Del bolsillo interior de la chaqueta saca un paquetito envuelto con mucho cuidado en papel celofán. Es algo casi mágico, que anuncia alzando

el índice a la altura de sus ojos fascinadores. Dentro hay unas postales de su molino y él en la puerta. El mismo, con sus bigotes y su gorra. ¿Ven ustedes? Y estira la cara con gran seriedad para parecerse al retrato. Naturalmente nosotros queremos unas postales, mejor dicho, todas. Son tan pocas. Pero el precio es excesivo: diez veces más caras que las que venden en los puestos de turismo de la avenida costera sin el maravilloso retrato de nuestro amigo. Tenemos que recapacitar y, desde luego, retirar nuestra propuesta inicial. La verdad es que solo queremos dos: una para cada uno. Hacemos el trueque de los dracmas por las postales y ahí termina la prodigiosa comedia. El molinero nos abandona sin despedirse, sin volver a ejecutar el menor gesto, con una especie de cansancio sin límites, como diciéndonos: ahora quédense una hora, dos horas, el resto del día, si quieren, en su bendito molino.

Subimos, descendemos, volvemos a subir. Calles imprevistas que se tuercen y se convierten en escalas o en senderos cuya estrechez apenas permite el paso de una persona. Estamos de regreso en el pueblo cuyo centro es un verdadero laberinto. Caminamos y caminamos para estar en el mismo punto, en la misma iglesia, en la misma ventana. Las paredes siempre blancas, las calles blancas, los techos blancos, tienen un poder fascinante. Iniciamos una vez más nuestro eterno retorno y si, al fin, encontramos un camino diferente, es para perdernos en otro pequeño dédalo de callejas. El olor del mar nos va llevando de laberinto en laberinto hasta la avenida de la costa.

La recorreremos sin cansancio como si fuera algo de nuestra pertenencia. Es una media luna en cuyo centro está nuestro hotel. Ahora es solo una bella extensión sin las dimensiones imaginarias que me darán el conocimiento de otras gentes, que estaban allí de paso, por unos meses, o con la firme convicción de permanecer para siempre en la isla; y, desde luego, de los propios isleños, que en unos pocos días alcancé a conocer y a amar, con ese sentido profundo y ese peso de la realidad experimentada en toda su riqueza. Recordarlos es un hermoso trabajo del corazón.